

CAMERON STRACHER

LAS GUERRAS DEL AGUA

Traducción del inglés

Gema Moraleda



Madrid, 2014

Título original inglés: *The Water Wars*

© de la obra: Cameron Stracher, 2011

Publicado en 2011 por primera vez en Estados Unidos por Sourcebooks Fire

© de la traducción: Gema Moraleda, 2014

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: junio de 2014

Corrección externa: Paula González-Laganá

Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código BIC: YFG

ISBN: 978-84-939750-4-3

Depósito Legal: M-14556-2014

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Simon y Lulu

CAPÍTULO 1

El año antes de unirse a la Regeneración, cuando aún tenía diecisiete años, mi hermano Will batió el récord de la máquina YouToo! del salón recreativo. Fue un récord que duró muchos años y bastantes creyeron que nunca lo superarían, aunque acabó por pasar. Pero, para entonces, a mi hermano ya no le importó; había encontrado cosas más importantes que hacer que malgastar su tiempo con juegos con los que ganar sólo servía para jugar de nuevo.

Vivíamos una época de sequía y guerra. Los grandes imperios habían caído y se habían dividido, la tierra estaba agrietada y pedía agua a gritos, los hombres que la poblaban luchaban por cada gota. En el exterior, el viento aullaba como si estuviera herido; en el interior, se nos escamaba la piel y los ojos nos escocían. Nuestras lenguas eran como gruesas serpientes dormidas en oscuras grutas.

Por eso nunca olvidaré la primera vez que vi a Kai. Estaba de pie en medio de la carretera y bebía agua de una vieja taza de plasteno como si nada. En aquella taza podía haber de todo: bacterias, virus o cualquier otro de los venenos de los que nos hablaban en el colegio. La humanidad había cavado tan hondo en busca de agua que se había filtrado sal en los pozos, por lo que se habían convertido en

fuente de innumerables enfermedades. Pero a Kai no parecía importarle: bebía su agua como si fuera lo más natural del mundo. Supe que era agua porque, cuando se la acabó, hizo algo insólito: volcó la taza y dejó caer las últimas gotas sobre el polvo.

—¡Eh! —grité—. ¡No puedes hacer eso!

Me miró sorprendido, como si no fuera consciente de que yo era la única persona en aquella carretera desierta. Tenía más o menos la misma edad que mi hermano y ambos compartían un tipo larguirucho: caderas y muñecas marcadas, vientres y torsos lisos. Pero mientras que Will y yo éramos esbeltos y morenos, Kai era rubio y su piel resplandecía bajo la luz del sol. Sentí la necesidad de pasar los dedos por sus suaves antebrazos, notar su extraña tersura contra mis uñas cuarteadas.

—¿Por qué no puedo? —preguntó.

Malgastar agua era ilegal. Se sancionaba con multas e, incluso, penas de prisión a quien superase las cuotas. A ese chico no le importaba nada de eso.

—Porque no —respondí.

—Hablas como un recolector.

—Pero es verdad.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé y punto. Mira a tu alrededor. ¿Ves agua por aquí? —contesté.

—Hay muchísima agua.

—Ya, en el mar.

—El agua salada no es potable —dijo, como si yo no lo supiera.

Observé la carretera polvorienta. No había señales de vida, sólo colinas con rastros de antiguos incendios y arena volando sobre el aparcamiento vacío donde esperaba; ni siquiera se veían lagartijas ni insectos. En otros tiempos, una hilera de tiendas se extendía en el extremo del aparcamiento, pero sólo quedaban las estructuras que los saqueadores no habían conseguido vender como chatarra. De los mellados pilares de aluminio colgaban revestimientos despedazados y cables sueltos. Cuando soplaba el viento, producían un sonido similar a un lamento.

—Además, ¿por qué no llevas tu pantalla? —Un alumno nuevo debería llevar al menos una libreta en su primer día, pensé.

—Yo no voy al colegio.

—¿Eres recolector?

—Mi padre dice que no tengo que ir al colegio.

Todo el mundo iba al colegio, excepto los hijos de los recolectores de agua, que perseguían nubes por el cielo. Al menos, hasta los dieciocho; entonces ya podías trabajar para el Consejo del Agua, que era como quedarte toda la vida en el colegio, o alistarte en el ejército.

—Qué suerte.

—El colegio no está tan mal.

A mí me gustaba el colegio, aunque no quisiera admitirlo. Me encantaba aprender las particularidades de las rocas y sus duras superficies, que ofrecen pistas sobre los minerales que contienen. Me encantaban nuestras excursiones a las presas, donde ruedas metálicas tan grandes como edificios giraban lentamente sobre sus ejes de silicio. Y, por encima de todo, me encantaba descifrar los ondulantes

patrones púrpura de las tormentas y huracanes para intentar predecir en qué punto de la llanura gris-marrón iban a atacar.

—¿Te sacaron? —inquirí.

Él se encogió de hombros.

—Ya no me hacía falta ir.

Miré de nuevo la carretera. El autobús llegaba con retraso, como de costumbre. A veces ni siquiera pasaba y tenía que volver andando a casa. Cuando eso ocurría, mi padre desenchufaba su viejo coche y me llevaba al único colegio de la ciudad. Habitualmente, Will ya estaba allí; tenía que vaciar los contenedores de recolección antes de que el sol evaporara la poca agua que se recogía en forma de rocío. El año anterior, otras dos chicas cogían el autobús conmigo, pero dejaron de aparecer y no las volví a ver. Era aburrido esperar sola. Agradecí la distracción.

—Tengo un hermano —comenté—. Ha pasado las pruebas físicas para el ejército.

—Fácil.

—Tuvo que hacer cincuenta flexiones.

—Yo puedo hacer cien.

Se agachó como si fuera a ponerse a hacer ejercicio allí mismo, en mitad del polvo. El lugar en el que había vaciado su taza estaba completamente seco, no pude distinguir dónde había sido. En aquella postura, se le veía la goma del calzoncillo y la suave piel de la espalda, sin marcas, rasguños ni costras de ningún tipo. Mis manos, en cambio, parecían una especie de mapa del tesoro, sólo que las líneas no conducían a grandes fortunas.

—Me llamo Vera.
—Kai —dijo, incorporándose.
—¿De dónde has sacado el agua?
—Tengo mucha.
—¿Eres rico?
—Supongo.
—No deberías ir por ahí solo.
—¡Ja! —exclamó—. No se atreven a hacerme nada.

No sabía de quién hablaba, pero no creía que Kai, ni ningún otro chico, resistiera contra un ataque de los bandidos y soldados que amenazaban la ciudad. Daba igual cuántas flexiones pudiese hacer.

—¿Esperas a alguien? —pregunté.
—Voy a saquear un lugar. ¿Quieres venir?
—Tengo clase.
—¿Y después?

Le dije que lo intentaría, pero sabía que mi padre no me dejaría. No quería que fuese a ningún sitio después del colegio, ni con ese chico ni con ninguno. Era peligroso salir con desconocidos; sin ir más lejos, el año pasado se extendió un virus y tres compañeros de clase murieron. Nadie fue al colegio durante las dos semanas siguientes. Will y yo nos dedicamos a jugar a las cartas en su habitación hasta aburrirnos tanto que tuvimos ganas de gritar.

—Vivimos en el Wellington Pavilion. —Kai nombró un complejo residencial bastante pijo—. Nos vemos allí esta tarde. Avisaré a los guardas.

—Tengo recogida obligatoria de agua.

—Pues, entonces, después.

—Se lo preguntaré a mi padre. —En la carretera se distinguía el brillo delator del óxido—. Ahí llega mi autobús.

Kai miró hacia donde señalaba y sus labios dibujaron un gesto de desaprobación. No estaba tirando agua en aquella carretera porque tuviera suficiente para beber; al igual que los adolescentes que se autotolesionan o vacían a escondidas los botiquines de sus padres, quería llamar la atención. Me prometí que intentaría visitar a ese chico, aunque a mi padre no le gustara la idea.

—Adiós —dije—. Te buscaré luego.

—Hasta luego.

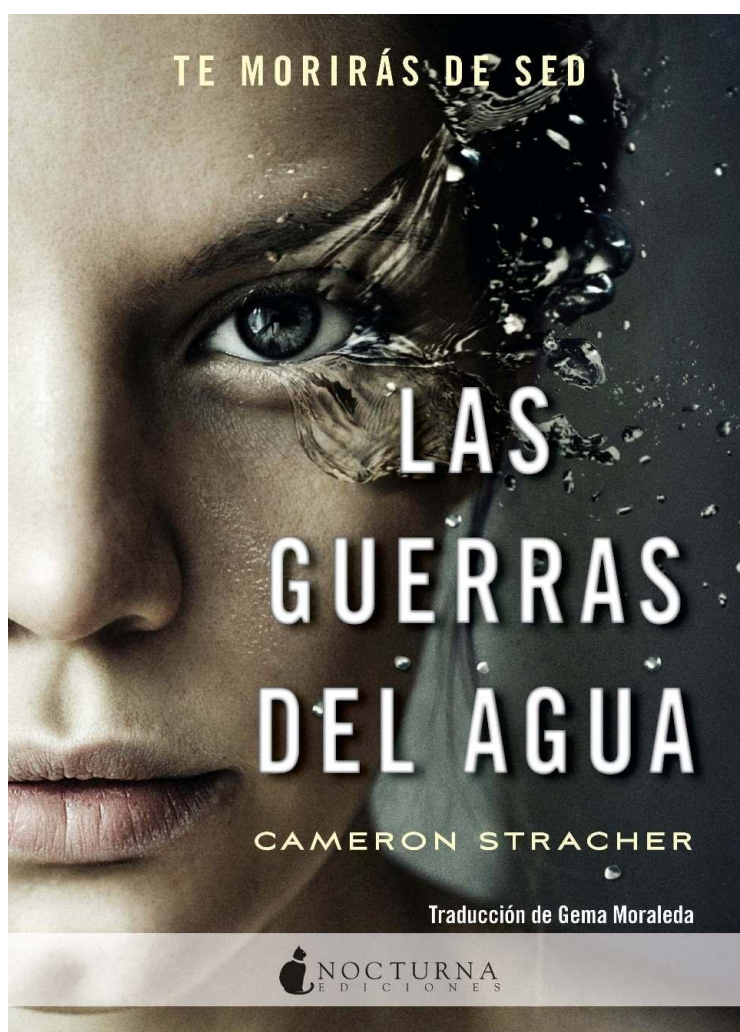
Me subí al autobús y me di la vuelta, dispuesta a despedirme. Cuando lo hice, vi que un coche se detenía para recoger al chico, una enorme limusina negra de gasolina, con un motor que desprendía calor en brillantes ondas plateadas. Se abrió la puerta y un corpulento guardaespaldas con pistola automática, gafas de espejo y cinturón de balas se plantó en el asfalto. Le hizo una seña a Kai y él subió al coche sin mirar atrás.

SIGUE LEYENDO

A la venta: **30-06-2014**

LAS GUERRAS DEL AGUA

Cameron Stracher



ISBN: 978-84-939750-4-3. **PVP:** 14,50 €

 **NOCTURNA**
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com

Distribución en España: UDL Libros (www.udllibros.com)
Distribución en Latinoamérica: Azteca (www.aztecadifusoradelibros.es)